



## UNA COMIDA CHINA. (1)

Los chinos de buen tono se levantan á las once de la mañana. Su desayuno se compone de diversos platos; de carne, pescado y legumbres, servido todo en salyillas con una taza ó dos del nectar chino, el *oiou-heu-tson* que se toma caliente. Esta bebida ligeramente ácida, se extrae del maíz, tiene un gusto bastante desagradable; pero rara vez produce borrachera y ayuda al vigor del cuerpo. Este almuerzo termina con un plato de arroz que se toma generalmente con pescado salado. En seguida viene el té se echa en agua hirviendo sobre las hojas y le presentan en grandes tazas, que los chinos apuran sin echar azúcar.

A las dos se sirve un refrigerio compuesto de frutas de la estación, despues de las cuales vuelve á tomarse té. En las casas bien acomodadas la comida se sirve á las seis de la tarde y si es un convite formal debe ser acompañado de música vocal é instrumental ó de algun espectáculo. Estas comidas no terminan comunmente hasta los tres de la

mañana. Las personas de menor tono se separan sin embargo á las doce.

Los chinos tienen tal pasión por el tabaco, que á veces fuman hasta en la mesa, entre plato y plato. Cada uno lleva consigo uno ó dos sirvientes de pipa, esta función es desempeñada por jóvenes de 16 á 17 años, elegantemente vestidos, su ocupacion consiste en colocar la pipa en la boca de sus señores, y como saben los momentos en que tienen costumbre de fumar, se la presentan sin dar lugar á que la pidan.

Cuando se trata de una comida de lujo, el que la dá envía con algunos dias de anticipacion sus esquelas de convite, escritas en grandes hojas de papel encarnado y redactadas en estilo retumbante. Se contrata una compañía de los mejores actores por una suma equivalente á 1600 ó 2000 rs. y siendo actores medianos puede ajustarse por 400. Frente á la escena hay preparadas, según el número de convidados, varias mesas á las cuales pueden sentarse cuatro ó seis personas. En las casas de mas tono no se colocan mas que dos ó tres convidados en cada mesa. El costado que dá á la escena, queda generalmente vacío, á fin de que todo el mundo pueda ver la representación.

(1) Tomamos los curiosos detalles que el lector verá, de una obra inédita en España y muy poco conocida en el extranjero titulada *Siete años en China*.

La víspera del día del convite, el que le dá envía una segunda invitación, escrita igualmente en papel color de rosa, para recordar á los convidados que la fiesta tendrá lugar al día siguiente y preguntárles si piensan asistir, y en fin se envía otra vez á sus domicilios el día mismo de la comida, con el objeto de anunciarles que todo está pronto para recibirlos.

Así que los convidados se hallan reunidos, se les presenta leche de almendras en grandes tazas y después los demás manjares, que son absolutamente idénticos en todas las mesas y se sirven sucesivamente y en raciones á todos los convidados. Las mesas son generalmente de ébano, con dos superficies, porque no usándose mantiles se levanta el primer servicio con la tabla superior, para colocar el segundo sobre la de abajo.

Primeramente cubren todas las mesas de vasijas de loza ó vidriado blanco, de tazas para el vino y de platos con frutas, al lado de cada convidado colocan varios palillos ó varitas, de las cuales se sirven los chinos á guisa de tenedores, para pinchar y llevar á la boca las viandas; por lo común son de ébano ó de hueso, con las puntas de plata; el extremo superior presenta varios ángulos, por las puntas son redondas. Pescados fríos de diversas clases, aves condimentadas con salsas de varios géneros, lonjas de jamón, huevos cocidos y menudamente picados, una especie de gusanillo que se encuentra en la coña de azúcar, puesta á secar al fuego, y que forma uno de los platos mas estimados y mas caros de la cocina china, tales son los manjares que sucesivamente van apareciendo en las mesas, sin contar otros muchos que no son considerados mas que como adorno y que llenan completamente la mesa dejando un solo lugar en el centro, para una gran hortera que contiene un alimento caliente y gustoso.

Cuando empieza la comida todas las tazas se llenan de Siou-ou-tson; el dueño de la casa se levanta y todo el mundo le imita; toma su taza con las dos manos y se inclina hácia los convidados que después de esta ceremonia beben y vuelven á sentarse.

Aunque hay bastantes viñas en China no se hace vino, los chinos emplean sus uvas, sus narajos y otras muchas frutas en preparar diversas infusiones y licores fuertes, que son presentados á los convidados al concluir el primer servicio. En los momentos que fija el ceremonial de la comida para los brindis, los convidados se dirigen algunos, siguiendo las reglas establecidas. Las dos personas que brindan se levantan á la vez, toman su vasija con las dos manos y se dirigen al centro de la habitación; en seguida elevan las tazas á la altura de los labios, las bajan lentamente casi hasta el suelo y se inclinan uno hácia el otro; esto se repite tres, seis ó nueve veces y los bebedores tienen buen cuidado de observar sus movimientos respectivos, con la mayor atención, hasta que ambos llevan al fin las tazas á sus labios apurando el contenido, después de lo cual las vuelven boca á abajo para demostrar que están vacías; entonces se saludan y vuelven á sus puestos, pero comienzan nuevos cumplimientos para resolver quien se ha de sentar primero y la discusión no termina sino con sendas reverencias; los dos bebedores aparentan acomodarse, gestican y acaban en fin por sentarse de pronto y á un mismo tiempo.

Al principio del ceremonial, cuando los dos convidados se acercan hasta el punto de que se toquen sus tazas, suelen cambiárselas.

Los chinos usan una especie de juego para escitar ó beber que se llama el juego de la *morra*; cuando se hallan llenas las tazas, dos personas extienden sus brazos hácia el medio de la mesa con los puños cerrados; cada uno de ellas levanta los dedos que quiere y los presentes deben decir instantáneamente y en voz alta cuantos dedos levantados hay, el que lo advina tiene el derecho de obligar á su antagonista á beber.

La hora en la comida consiste en ofrecer á su vecino un trozo escogido en el plato propio, el obsequio se apresura á pinchar la fineza antes que ha-

ya tenido tiempo el que le ofrece de soltarla en su plato y paga con la misma ceremonia el obsequio recibido.

El primer servicio se compone de doce á veinte platos sin contar los que se presentan en el intervalo del primero al segundo servicio; mientras que los criados preparan esto, los convidados que se sienten cansados se levantan y se pasan por la habitación, costumbre muy agradable á los europeos que difícilmente pueden soportar el largo y fastidioso ceremonial de las mesas chinas. Si entre los convidados hay personas de distinción, el mismo dueño de la casa es el que coloca el primer plato sobre la mesa.

Sería interminable y fastidiosa para el lector la enumeración de todos los manjares que se espone sucesivamente en esta interesante comida; al fin de ella las siete ó ocho últimas horteras ó tazones permanecen sobre la mesa y se colocan en forma circular tocándose unas á otras; sobre cada uno de estos puntos de contacto se pone casi en equilibrio un platillo de pescado, de aves, de huevos ó de legumbres. En el centro de este círculo se situa una grande hortera de madera, de plata ó de cobre, dividida en trozos que contienen diversos potajes y viandas estrañamente aderezadas. Todos estos tazones están hirviendo y conservan su calor por medio de una lámpara con espíritu de vino; cada convidado recibe separadamente cierta porción de arroz, que es costumbre comer con carne salada ó con cualquiera de los platos colocados en círculo. En fin el té presentado en tazas cubiertas, sin azúcar, termina el festín.

No estárdemas advertir que los principales platos de la cocina china, se forman esencialmente con ajo y aceite; verdad es que desde edifica lo de quitar al ajo su olor fuerte por medio del vapor y que algunos se condimentan sin aceite.

A la mañana siguiente de una gran comida, el que la ha dado se apresura á enviar de nuevo un cartapelo de color de rosa á todos sus convidados, expresándoles el sentimiento que tiene de no haberlos podido tratar de una manera mas digna de ellos; estos responden sobre la marcha en papelones parecidos, consiguiendo en términos enfáticos todo el placer que les ha causado el incomparable festín.

## EL MONTE MONGO.

Una de las curiosidades naturales mas sorprendentes del antiguo Reino de Valencia es sin disputa, el altísimo y pintoresco Monte, llamado Mongo, que empieza en la Ciudad de Denia y cuya cima ocultan, con mucha frecuencia, las nubes; siendo la primera tierra que, en figura piramidal y en forma de isla, descubren los navegantes que cruzan el Mediterráneo, la cual les anuncia su proximidad á las costas de España y les sirve de guía para el rumbo y derrotero de sus naves.

Casi todo él se halla cubierto de eterno verdor por los pinos, robles, palmitos, romeros y multitud de plantas y yerbas medicinales que crecen con vegetación tozana y no escasean, tampoco, los insectos venenosos; por cuyo motivo, al recorrer su parte superior, debe cambiarse tomando precauciones á fin de evitar un disgusto.

Abundan tambien en dicho Monte, canteras de variados mármoles y jaspes, cuevas de preciosas estalactitas, simas profundas, el bol arménico, el asfalto y se cree que minas de hierro y de cobre, que no se han beneficiado, sin duda, porque la sensatez é ilustración de los vecinos de Denia y pueblos comarcanos, los han persuadido, que la verdadera y sólida riqueza la constituyen, generalmente hablando, la agricultura y aun el comercio, bien dirigidos y mantenidos, como ellos lo hacen.

Para subir el Mongo se conocen hasta nueve senderos, á los cuales se les dá en el país los nombres siguientes: primero Francall del Cabo gordo; segundo Escalata; tercero Belan ó Barranco de los Embaxars; cuarto Single de la Cordeta; quinto Asegado;

reta: sexto Portal; séptimo Portalet; octavo Punta del Cabo Fria; y noveno Barranco de la Yedra.

Las faldas y declives del Monte están llenos de alquerías, viñedos, olivares, morras, algarrobos, algarrobos, palmas y otros árboles de los trópicos y desde las praderas, pero mejor desde la cima de aquel, se descubre uno de los inmensos y encantadores horizontes, difíciles, sino imposibles de describir. Al E. se ven elevadas y distintas las Montañas de Ibiza y al E. N. E. en días serenos, la Isla de Mallorca; hacia el N. y N. O. todo el antiguo marquesado de Denia, la dilatada costa del peligroso Golfo de Valencia, con sus ciudades, pueblos y huertas convertidas en verjeles, las torres de aquella capital, el castillo de Murviedro, el cabo de Oropesa, las montañas de Castellón y las de los Alfaques; y al S. y S. O. las otras lindísimas poblaciones conocidas con el nombre de *Morina*, el peñón de Caspe, el castillo de Alicante y los cabos de la Huerta, de Santa Pola y de Palos.

A la mitad del Monte, por la parte de Levante, hay una cueva harto espaciosa, llamada del agua y en su interior dos balsas ó grandes charcos formados naturalmente, donde se recoge una cantidad extraordinaria de aquella, que filtra y destila gota á gota de las peñas vivas; siendo el agua mas fresca, delicada, cristalina y ligera que ninguna otra del Reino; por cuyo motivo se emplea para los enfermos y la citada cueva es muy frecuentada de naturales y extranjeros. El Rey D. Felipe III estuvo en ella durante su permanencia en Denia y lo propio verificaron los sábios franceses M. Mechain, Biot y Aragó, acompañados de los comisarios españoles los señores Chas y Rodríguez, cuando á principios de este siglo, se establecieron en la alta del Mongó para sus observaciones astronómicas y trigonométricas.

La costumbre de visitar la cueva referida data desde tiempos muy remotos y así lo atestiguan los innumerables letreros esculpidos en las piedras de sus paredes y una inscripción romana, que aunque con trabajo, se puede leer á mano izquierda de la entrada de aquella y traducir del modo siguiente: «*Gallio Julio Urbano, electo príncipe de la lejion vicesima gemina, con sus amigos, Adriano, Alfredo Consul y Lucio Aulo Turco Romanos; Publio Honorio ó Honesto hizo ó grabó las letras de valde.*»

Sobre la etimología del Mongó se ha hablado y escrito mucho, de un modo muy vario y sino cierto y exacto, por lo menos ingenioso en extremo. El padre Yago, por ejemplo, quiere que el origen de aquella voz se derive de la de Mons Jovis; otros pretenden que el recordado Monte, al fundar los mismos Sagas á Sagunto y á Denia, le dieron el nombre de Mont, Sagun y que perdiéndose ó embaviándose luego una S., como sucede cuando se juntan dos palabras cuyo postrer letra de la primera es primera de la segunda, la quedó el de Mensagen y después, los de Mongon y Mongó; otros suponen que Magon, famoso Capitán Cartaginés, dejó su nombre al Monte cuando estuvo en Denia, como lo verificó Mario al de Mariola en el propio Reino de Valencia y el primero, en Melosca á la ciudad y puerto de Magon ó Mabur otros presumen que Mongon se deriva de la voz griega Monoko, ó sea único, solo y eminentísimo, como lo es nuestro Monte y el del Hirco llamado Monoloco y en fin Benter, Escolano y el Dr. Falou opinan y hasta aseguran, que el Mongó tomó tal nombre de los Agones ó Juegos Agónísticos que hubo en el mismo y con efecto en su cima se conocen todavía vestigios y ruinas, de un gran cercado de cal y canto que quizá sería la plaza ó palestra de las fiestas llamadas Agonalia que se sabe celebraban todos los años los Romanos, el primero de Enero, en honor del Dios Jano, que dió nombre á dicho mes, y se reducian, entre otras, á despeñarse y á darse de puñadas, hallándose los combatientes desnudos y armados los puños con planchas de hierro ó plomo acomodadas ó fuertemente atadas con correas; por lo que se les llamó Pugiles, de los cuales hace mención Ciceron, en el libro 2.º de las Tusculanas y Virgilio, en el 3.º de la Eneida. Entre los griegos también celebraban estos Juegos cada cinco años en hon-

ra de Júpiter Olímpico y fueron instituidas en la Ciudad de Olimpia de donde tomaron el nombre de Olimpiadas y la cuenta de aquellos por lustros, mencionándose finalmente dichos Juegos Agones, en el Cap. 4.º del lib. 2.º de los Macabeos.

El Monte que describimos se halla á las 38.º 48, 23, lat. N. y á los 6.º 25, 16, long. E. del meridiano de Cádiz, tiene de alto trescientas noventa toesas ó sesenta mil setecientos treinta pies sobre el nivel del mar, su frente á este, mas de una legua y cerca de cuatro de circunferencia, comprendiéndose en el recordado Monte, los Puntos ó Cabos de Barber, del Arrenal ó Aguas dulces, de Codina, Martín ó Delgado, Negro, Puntas blancas, y de la Nau; todo lo cual en comun se llama antiguamente Promontorio Ferrariense y dividia los dos senos Urcitano y Euro-nense.

REANUDO SATONOX.

## GINEBRA.

Al llegar á Ginebra, el primer deseo que experimenta el viajero, es el de visitar la casa de Juan-Jacobo Rousseau, el mas famoso entre los hombres célebres que ha producido aquella ciudad. La casa se conserva en muy buen estado, y es hoy poco mas ó menos lo que era cuando nació en ella J. Jacobo; una fábrica de relojes.

Ginebra es una lindísima población situada á orillas del famoso Lago Lemán en cuyas aguas refléjase gran parte de su caserío, uno de los mas bellos de Europa.

Sus habitantes suben hasta 22,000, y á pesar de tan corta población, se encuentran allí todas las comodidades y refinamientos de la vida de las grandes capitales, con la sola diferencia de que cuestan mas barato.

Los edificios mas notables por su suntuosidad, son la iglesia protestante de *St. Pierre*, la casa de correos, las prisiones construidas según el sistema penitenciario moderno, los museos, etc.—etc.—En 1843 época, de mi paso por allí, no tenía mas que un teatro la ciudad; pero era muy lindo y estaba perfectamente decorado. La plaza y la calle *du Rhône*, la calle de la *Carraterie* y las orillas del lago son la parte mas bella de la ciudad.

Un puente colgante de hierro sirve de comunicación entre esta y la isla de L.-J. Rousseau, situada en medio del lago. Esta isla es un lugar amenísimo, y los Ginebrios han hecho de él un paseo, tal vez el mas delicioso de todos los parques artificiales del mundo. Una varja de hierro tan ligera como elegante cerca toda la isla, en cuyo centro, sobre un magnífico pedestal de granito se vé la estatua de bronce del gran filósofo. Está sentado, con un libro abierto en la mano izquierda y en la derecha el estilo en ademán de escribir; á sus pies varios libros con los títulos del *Contrato social*, *El Emilio*, *La nueva Eloisa*, y otras obras de aquel ingenio inmortal. Desde el centro de la isla se descubre la cima del célebre *Mont-Blanc*, llamada por las naturales de aquellas comarcas, *cabeza de Napoleón* la cual representa los lineamientos del perfil del gran capitán con el sombrero puesto y acasado.

Como según lo que antes he dicho, está cercada la isla con una reja de hierro, pueden todas las noches cerrarla á las nueve y media, hora en que se retiran los Ginebrios del paseo durante la estación calurosa. A veces se dan allí al aire libre conciertos admirables que se prolongan hasta muy entrada la noche, y entonces como la isla por su pequeñez no puede contener á la multitud de oyentes, la mayor parte de la población fija y flotante de Ginebra asiste á la *Soirée* en elegantes barquichuelos que rodean la isla mecidos suavemente por las azuladas y mansas olas del lago. Es muy difícil poder formarse una idea del encanto que prestan á esta clase de conciertos, el dulce vaiven de las aguas rizadas ligeramente por las blandas brisas de la noche; la luz de la luna que se refleja en aquellos cristales, y cuyos pálidos

resplandores dan mil fantásticas formas á los barquichuelos, á los islotes y á los árboles que sobresalen aquellas encantadas orillas; y las voces de sus cantantes, y los armoniosos acordes de los instrumentos que van á perderse á lo lejos en espirales desahogado, llevados sobre las aguas en alas de los perfumados cálidos de aquellas bruladas.

En una de estas noches afortunadas, erraba yo á la ventura en mi barquilla por entre aquel laberinto de pequeñas embarcaciones tan varias entre sí como las gentes que conducían. Llámome la atención una elegante góndola modelada sobre las que surcan los canales de la reina del Adriático. No contaba la estrangera embarcación sino á un individuo, el cual la conducía por sí mismo; y en el momento de que voy hablando, levantado el remo y con la cabeza inclinada sobre el pecho parecía sumergido en una profunda meditación, y absolutamente ajeno de cuanto en torno de sí pasaba. El exterior de aquel hombre era sumamente distinguido, y su completa inmovilidad cautivó de tal modo mi atención que á mi vez me puse á contemplarla y olvidé por algunos instantes el concierto de la isla de J. Jacobo.

De pronto el mi nombre repetido por una voz sonora que me era muy conocida.

—¿En qué diablo piensa V. amigo mio? Hace media hora que le busco por entre esta confusión. Era uno de los fabricantes de relojas mas afamados de Ginebra, al cual me habia recomendado un corresponsal de París.

—Conoce V. á ese caballero? Le dije, señalándole al meditabundo desconocido.

—Si señor, es uno de mis parroquianos. Un Conde ruso, tan rico y generoso como estravagante.

—Ese hombre debe ser muy desgraciado, repliqué, contestando mas bien á mi pensamiento que á las palabras del honrado fabricante.

—No es muy feliz, amigo mio; la parte de su vida que conozco, no tiene nada de divertido.

—Podria V. contármela?

—Ahora no. Si quiere V. venir mañana á comer conmigo á mi casa de campo, no solo sabrá V. esa historia, sino que conocerá V. al héroe si tal es su deseo. El conde vive en una preciosa quinta contigua á la nuestra, y mi hija mayor Luisa, que es grande amiga suya, le presentará á V. al conde que es un hombre tan amable como instruido. Acepta V?

—Con mil amores. A qué hora?

—A las cuatro de la tarde comemos, y mientras mas temprano vaya V. mas gusto nos dará. Hasta la vista, pues!

Y la barquilla del negociante, desapareció muy luego, entre la multitud que se arremolinaba en aquel momento en el lago, pues acabado el concierto, cada cual se apresuraba á volver á la ciudad.

Al dia siguiente vió á buscarme á la posada un hermano menor del fabricante y me condujo en su tilbury á la quinta, dos ó tres horas antes de la señalada para la comida. Fiel á su palabra, contóme M. F... poco mas ó menos lo siguiente acerca del conde G... su vecino.

«Horrá como unos 6 años que vió á establecerse aquí el Conde, trayendo en su compañía á una mujer hermosísima y un niño de poca mas de dos años. Compró esa elegante casa de campo, resuelto al parecer á fijar su residencia en Suiza; pero al cabo de cierto tiempo, empezaron á correr algunos rumores acerca de la condesa, la cual segun aquellos pertenecía á una clase infima, y no era mas que la querida del Conde. Estos chismes acabaron por llegar á los oidos de aquel el cual los acalló completamente, casándose con la señora en cuestión, que no era en realidad cuentas sino una oficinista de modista, de quien se habia enamorado durante una misión diplomática que habia desempeñado en Viena.

La compra de la posesion se hizo en cabeza de la señora, y el generoso marido agregó á este regalo una donacion de 600 mil francos colocados en el banco de Francia. Hizo unos ocho meses, que fué la condesa á Paris á ciertos negocios de poca entidad, por lo cual debia ser muy corta en permanencia en

aquella capital. Inquieto el Conde al ver que pasaba mas tiempo del necesario y que su esposa no volvía, le escribió varias cartas invitándole á que volviese; pero viendo que no surbian efecto, se preparaba á ir él en persona á buscarla, cuando recibió una carta de aquella muger en que le decia, que marchaba lejos de Francia con un hombre á quien habia amado desde sus primeros años; que le devolvía su coche y caballos, y que no liciere por buscarla, porque solo muerta volveria á su poder.»

Hé aquí en resumen esta historia chocante por la inaudita ingratitude de aquella muger.

Luisa, la hija mayor de mi huésped, me llevó en seguida á casa del Conde, el cual nos recibió con esa exquisita cortesania que caracteriza á todos los rusos de alta clase. Guisnos el mismo por toda la casa, cuyas habitaciones estaban decoradas con una suntuosidad verdaderamente real. Despues visitamos los jardines, tan vastos como bellos, y á cuya estremidad se verifica la confluencia del Arce, río que baja del *Mont-Blanc*, con el Rodano, el cual atraviesa por Ginebra el *Lago Lemán*.

Las cernanias de Ginebra son amenisimas, y á cada paso se encuentran objetos dignos de detener interesantemente al viajero; pero á la cabeza de todo está la casa de campo de *Ferney*, antigua residencia del gran *Voltaire*. Esta casa está situada á una legua de Ginebra. A pesar de la multitud de poseedores que ha tenido desde *Voltaire* hasta nuestros dias, los muebles, cuadros, etc. se conservan en el mismo estado en que quedaron á la muerte de aquel grande hombre. Los viajeros visitan con mayor interes el aposento que servia de dormitorio á *Voltaire* cuyos adornos son muy sencillos. Véase alli los retratos de *Federico II*; de la emperatriz de Rusia *Catalina*, el cual es de obra de aguja, y hecho por la misma princesa, para dárselo á su maestro; el retrato de *Lekain*, el gran trágico; los de *Voltaire*, *D'Alambert*, *Diderot*, *Hellie*, etc. etc.

La cama es muy sencilla; apenas queda la parte superior de la colgadura de seda, porque los viajeros se la han ido llevando á pedazos. En uno de los ángulos del aposento hay un pequeño sarcófago de mármol negro de bastante mal gusto, el cual contenia el corazón del filosofo antes de que fuese transportado á París. Debajo del lugar en que estaba el corazón se leen estas palabras: *Mon esprit est partout et mon cœur est ici* (1) y sobre el vaso: *Mes mains sont consolés puisque mon cœur est au milieu de vous* (2); pensamiento alusivo á los personajes que representaban los retratos que rodea el cuarto.

En 1843 aun vivía el último jardinero de aquel hombre extraordinario, si bien tan viejo que no podia dar un paso. Este anciano conservaba varias cosas que habian pertenecido á su amo como batas, chinelas, gorros, etc. que enseñaba á los viajeros con la veneracion con que podieran mostrarse las mas santas reliquias.

El giro del lago de Ginebra, merece por sí solo un artículo separado.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.



(1) Mi espíritu está en todas partes y aquí mi corazón.

(2) Mis manos están consoladas porque mi corazón está en medio de vosotros.

## PERSONAS QUE IMPIDEN EL PASO EN LAS ACERAS DE MADRID.

De las calles y los puentes  
pasamos a las personas  
que impiden el paso.  
La vida actual tristemente.

Quinta.

Cuentan de un anticuario italiano, por sus señas llamado Marlonelli que a principios de siglo para probar que los romanos no conocían el uso de los orinales para las habitaciones cuando de allí a poco tiempo, en las ruinas de Pompeya y Herculano una mala ventosa echó por tierra la obra del erudito. Lo mismo le sucedería al curioso que se imaginara encontrar el origen de caminar el hombre de atrás para adelante. En nuestra humilde opinión... nació esta costumbre con Adán—el primer hombre debió andar para distinguir las bellezas de la creación: lo de correr vino más tarde; cuando le perseguían los remordimientos. Desde la creación del mundo hasta nuestros días el movimiento fué la pesadilla de los tullidos y de los gobiernos. Algunas veces no solo los hombres sino también las naciones pasaron por el mundo: Ciro y Alejandro fueron dos gigantes invencibles, Carlos V un vagabundo, Napoleón un viajero: siempre de ceca en meca—nunca en su casa. Hasta el judío errante anda de Herodes para Pilatos, viendo como mejora de suerte, y dándose cierto aire de semejanza al pueblo español en busca de un buen gobierno. A medida que la civilización derrama á manos llenas sus tesoros—que algunas veces no son otra cosa mas que inmensas rimas de palabras—los pueblos no andan, pasean; no pasean, corren; no corren, se precipitan. Un pueblo de parálisis en el siglo XIX sería un espectáculo desagradable: un inmenso hospital, una tertulia de señoras mayores, una rueda de jóvenes jugando al florón ó leyendo *para-ques* en año nuevo: cualquiera cosa.

España representa á nuestros ojos un pueblo-cojo. No corre—anda poco á poco únicamente. Resiste largas jornadas y tiene el estómago del camello y la desgracia del corzo: siempre que huye, queda sujeta por la cabeza. Solo el habitante de Madrid comprende al espíritu del siglo y tiene mucho de galgo, aunque no sea mas que por lo que tiene la corte de caza. El habitante de la coronada villa es un perfecto locomotor: vive en la calle; en la casa solo come ó duerme. ¿Qué es la vida cortesana contemplada desde un balcón?—Sísifo cerca del agua. Vivir en Madrid equivale á probar el movimiento continuo desde las graves oscilaciones del agudador reposado hasta las vibraciones no interrumpidas del agente infatigable.

Hace algunos años bastaban las sillas de manos—aun se comenzaba á andar—después vinieron los coches tirados por mulas, luego las carretelas, en seguida las herlinas, mas tarde los omnibus y por último el pájaro—mosca, de las calles de Madrid el rápido y deslumbrante *Wbury*, reemplazado en la actualidad por el aristocrático *charabán*. Ahora las calles de Madrid son otras tantas carreteras: para todo se vaya: ya casi sobran los pies... excepto en las bellas andaluzas. Empero, al lado de este incesante movimiento se encuentra desapercibida la mas cómoda invención de los tiempos modernos: la compañera inseparable del ocioso, la esperanza del ciego, la tienda del fosforero, la segunda calle del zapatero de portal... la sencilla y modesta acera! Entre el arroyo y la acera hay la omnipotencia del oro y la expresión de las clases. Los *adornados* son los únicos niveladores de la capital: hacen de una calle un paseo y proscriben las aceras. Algunas veces cambian de lugar los transeúntes, pero á pesar del murmullo popular que se levanta como una polvareda desagradable se dice que estas imperfecciones son mas topográficas que morales. En la coronada villa no toda se encuentra en su lugar, y sino véase la Bolsa en la Iglesia de los Basillos, el Congreso en el teatro de Oriente, la compañía de ópera en el Circo y el ministerio de Hacienda en la Aduana.

En las aceras de las principales calles de Madrid es donde se pueden distinguir y apreciar mejor los caracteres mas originales y las caricaturas mas extravagantes. Allí se encuentran el casante, el pretendiente, el vago, el forastero, el jugador, el espía, el vendedor de relojes y pablos dogos, el aficionado á la política, el pobre de S. Bernardino, el elegante, el pérfido y el curioso—ese tipo madrileño que recorre todas las calles, se detiene en todas las esquinas, lee los carteles de las obras y los letreros de los bodegones, asiste á los incendios y á las revistas de comisario y que llega hasta la puerta de todos los espectáculos públicos, regu-branda el paso á las modistas y á las damas de vida airada. Este es el inquilino por excelencia de las aceras, si exceptuamos la vendedora de muñecos por el invierno y el horechatero valenciano por el verano. Cada acera es el verdadero donde caen los harapos de todas las clases de la sociedad confundidos con las jerarquías mas respetadas de la época.

Veamos, pues, las diferentes fisonomías que encontramos al seguir la acera de una calle de la coronada villa entre el estruendo de los coches, el polvo de los carros de yeso, la confusa gritería de los transeúntes, un ciego de romanes que tropieza involuntariamente y una joven de balle esbelta que voluntariamente codea atormentada por los grados sobre coro que anuncia el barómetro.

En primer lugar nos saluda el *amigo íntimo*: ¡Magnífico encuentro! Es un joven hablador y galante que se interesa mucho, muchísimo por nosotros, lo mismo que por todo el mundo. Las señoras dicen que tiene un corazón sensible. Vaya V. á dejarle cuando se sonrie y le abraza y le oprime ambas manos!—Oh! ayer me ha dado V.—dice D. Desgracias—un buen rato. Pues!...—He leído su artículo de V... Magnífico!—¡Qué!... es un juguete—soberbio!. Por mas señas que después salí á la calle y encontré á D. Pedro... el de la oficina de amortización—No lo conozco—Hombré!.. sí... aquel que refresca todas las noches en la primera mesa del café Suizo... no conoce V. otra cosa—No recuerdo...—El que paseaba conmigo en el último baile de Villa—hermosa... Y es menester conocerle á la fuerza porque sino vá á referirnos la vida y milagros de su acompañante. En seguida nos dice las visitas que tiene que hacer, las tertulias que frecuenta, las veces que fué al teatro, lo que piensa hacer en el próximo invierno, sus lances de familia y las perfecciones de una muchacha que enamora de incógnito. No hay remedio: aunque tengamos prisa es menester oírle porque es un *íntimo amigo*. Es un saco que se vacía: sino hubiera aceras en Madrid moriría de tristeza y de desesperación. Sale á la calle para estar de visita en ellas. Frecuenta los paseos y los cafés, lleva la voz en las tertulias y se apasiona, como las mugeres feas, de todo lo misterioso. No tiene amores en ninguna parte pero es el eslorbo de todos los amantes. Es el *amigo íntimo* de la casa y se le aprecia como si fuera de la familia.

Mas adelante encontramos á un anciano cuyos ojos se distinguen con trabajo, gracias á la enorme ala de su sombrero. Viste levita cerrada hasta el pescuezo, pantalón color de cardenillo y una corbata sobre cuyos pliegues descansa la barba como el sorbete sobre los bordes de un vaso. Se acerca de pronto y dejando ver en la diestra su bastón sin puño, nos muestra un cigarro de papel, y cometiendo la imprudencia de llevar la mano al sombrero que se niega á tener la elasticidad indispensable para un saludo, nos pide *cordón*. A primera vista esto no es mas que una ligera impertinencia, pero entretanto la jente pesa, las señoras buscan la *desdicha*, un gordo nos oprime, una figura esbelta se escurra á nuestro lado, queremos seguir á una linda muchacha que desde que lo habia observado gustaba de ver los mostradores de las tiendas de quincalla, ó evitar el encuentro de un adreedor y el cigarro del casante se resista al fuego como una salamandra. Dos y tres veces llevamos la mano para recogerlo, pero el desconocido suspiro, lágrimas, chupa, losé, patea, traga saliva y se acomoda en un portal hasta lograr encender su cigarro ó apagar el

nuestro. No nos impacientemos: es una dádiva bien barata. Este cigarro es el único alumbre del cesante: dejémosle que lo encienda aunque sea á costa de nuestra tranquilidad.

Santo cielo!—Aquí tenemos á D. Segundo: el *sábalo todo*. Vámonos á la acera de enfrente, pero nos acordamos tarde porque ya viene con los brazos abiertos á contemplarnos durante algunos minutos. De pronto nos obliga á venir con él á un lado y aparentando recelar de todo el mundo nos dice al oído:—Hay novedades—¿Buonas ó malas?—Ya sabrá V. lo que pasa—Acaba de salir á la calle—Ha llegado...—¿Quién?—Un poeta...—¿De dónde?—Yo mismo le vi entrar por la puerta de Alcalá—Diga:—Estamos muy mal—Pero ¿qué hay?—Lo sé por el mismo poeta, pero cuidado con el silencio...—Ya lo crea—Vine de Cataluña... ahora se estará aprendiendo—¿Y qué pasa?—Nuevas desgracias para el país... los *matinés* se repiten con frecuencia: nadie lo sabe aun en Madrid. La noticia no vale la pena de escucharla, pero á D. Segundo es menester oírle, como se espera un cañonazo, con sobresalto. Si no nos espantásemos siempre que habla sería nuestro mas encarnizado enemigo. Si fuera progresista nos llamaría *atracasados*, y si moderado, *populachero*. D. Segundo tiene relaciones en todas partes, pero á decir verdad debe de ser estrechamente molesto porque ocupa la humilde posición de... escribiente en una de las oficinas de rentas.

Procuráramos ganar el tiempo perdido. Imposible! Ya me columbró Doña Loreto, que me saludó meneando el abanico como quien dice:—Está V. buena alhaja—A los pies de V. mi Señora Doña Loreto, le decimos antes de que pueda echarnos en cara que hace dos meses no la visitamos.—Ya lo crea á V. muerto, nos contesta—Felizmente hasta ahora solo mis numerosas ocupaciones me obligaron á morir... temporalmente, nada más que temporalmente, señora, para mis buenos y distinguidos amigos entre las que me tomo la libertad de contar á mi señora Doña Loreto... Se conjuró la nube: esta señora se sonríe llevando el abanico á la boca. Doña Loreto es una de las *señoras que acuerdan buenos tiempos*: antes perdona el olvido ó la ingratitud que la falta de un saludo ó el cambio de un epíteto. Deplora la inmoralidad de la época y habla muy mal de todos los gobiernos. Es una viuda del *Monte-pío*. Acostumbra á decir que vá de prisa y corriendo pero siempre se detiene con sus amigos. Cualquiera dirá que sostiene una animada conversación, pero habla de lo de ayer, de lo de antes de ayer, de lo del otro día, de lo de siempre: de la reuma y de la ciudadad.

Damos vuelta para tomar por una calle cercana y menos concurrida cuando se fijan nuestras miradas en una linda muchacha cuyo delgado talle llega atormentado por una lujosa falda de tornasol. Vamos á hablarla y se dirige hácia su criado para pedirle la sombrilla ó el devocionario lo primero que le viene á las mentes. Hé aquí el único vice-versa de esta mañana, hemos querido hablar con ella y ella no ha querido hablar con nosotros. Es nuestra conquista del Circo; nos vió anoche con Emilia pero le escribiré esta noche un billete en papel perfumado y volveré á hablarla. Oh! es menester amar para conocer los celos.

Vacilamos entre seguirla ó perderla de vista y de pronto sentimos una mano que dulcemente nos golpea el hombro izquierdo. ¡Santo cielo! Es el fósil que visito algunas veces en la calle de los Reyes, el antiguo empleado en loterías que mantiene en la antecámara de su casa seis perros negros como venecijos y que gruñen como merriñillos, hasta sus atiques nerviosos le hicieron una pesada obligándole á ser un poco tartamudo. Para él habrán variado las instituciones y las costumbres, pero los nombres son siempre los mismos. Llama urbanos á los utilísimos negociantes, covachuelistas á los empleados en las ministerios, alcaldes de casa y corte á los curruñidores, á la Constitución, el Estatuto, á la ignominia del Carco, la cazuela y al Consejo real, Consejo de Castilla. La plazuela de Bilbao es en su boca la plazuela de las Abilices y la calle de la Libertad, calle del Burro. Los

nombres de las calles no pueden cambiar del todo mientras una nueva generación no adopte esta reforma. Este aticiano es un *Don Consejo*: todo lo vé de lejos, todo lo medita, todo lo prevé. Según propia confesión, *tiene las narices muy largas*... no hay más que mirarle á la cara.

Nos despedimos de él y sin aguardar á que podamos ocultarnos entre el gentío nos mira frente á frente un hombre de ojos indecisos entre la amenaza y el respeto. Es un prestamista: si le hablamos despacio, grita y vocifera. Es necesario tratarle con desenfado, dirigirle también miradas certeras al corazón, para abochornarle, y amenazarle. Al propio tiempo vamos salir de la tremola de enfrente á una jóven con vestido de tornasol... ya se sonríe... es ella... la que antes no había reparado en nosotros. Nos dirigimos á saludarla cuando el prestamista nos dice con un acento de impropia ironía *confío en su palabra*. Nosotros le devolvemos una mirada cariñosa admirablemente sostenida á costa del desprecio que nos inspira.

En seguida el aficionado á la literatura nos pregunta por vigésima vez la obra que vamos á publicar y el erudito maneja su diccionario de palabras, y se escucha, se mira, se compone, atusa y telame siempre que pronuncia un período rotundo y elegante.

Oh! marchemos por cualquiera parte y abandonemos la acera. Hasta ahora nos detuvieron los amigos, pero si reparan en nosotros los vendedores de relojes y perros, los cesantes y los noticieros, los forasteros y los recordados por medio de esquelas, daremos al traste con todo vicho viviente, como nuestros lectores harán con el presente artículo, después de pasar por sus renglones una ojeada de perezosa curiosidad.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## OFRENDA POÉTICA.

### AL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Sueños hermosos de la infancia mía  
¿á qué sobre las alas de oro y rosa  
volvéis á mi exaltado fantasía?  
¿qué buscáis? ¿vuestro hogar? Ceniza fría  
guarda no mas vuestra mansión dichosa.

Pasó la edad de la sencilla infancia;  
las delicadas flores que dejaron  
vuestros manos, orando vuestra estancia,  
perdieron su frescura y su fragancia,  
y marchitas al fin se deshojaron.

El segundo jardín, que cultivásteis  
es hoy salvaje selva enmarañada;  
nada hallaréis de lo que aquí dejásteis.  
Sueños de mi niñez ¿á qué tornásteis?  
Idos: de lo que fué no existe nada.

Idos: vuestra presencia es importuna:  
la edad os arrojó de vuestro asilo:  
lecho de la ambición es vuestra cuna,  
y ha levantado en vuestro hogar tranquilo  
un altar á la gloria la fortuna.

Genios, que del Pisuerga en la ribera,  
al rumor soñoliento de sus olas  
á oír llegásteis mi canción primera,  
tejed para mi negra cabellera  
fresca diadema de tempranas violas.

Recordáis, fabulosos geniecillos,  
aquel pálido niño, que corría  
vuestras lomas cubiertas de tomillos,  
probando en vuestros tocos caramillos  
su mal seguro aliento? ¿Qué os decía?

«Por la gloria escusad que os abandono:  
«yo espero en Dios y de mi aliento fio  
«que oiga mi patria, cuando yo le entone,  
«un cántico en su honor, y que me abone  
«por buen hijo con ella el canto mio.»

Y os dejé: y cuanto débil atrevido  
el premio á disputar entré en la lucha.  
«Oyeme» dije al mundo, y el oído  
prestado, el mundo mi canción escucha,  
Sueños de mi niñez ¿seré vencido?

Fé de mi corazón, sostenme ahora:  
luz de mi inspiración, no te consumas:  
voz de mi pecho, exhálate sonora:  
pensamiento velóz, hé aquí la hora  
de tender al volar todas las plumas.

Tiéndelas, pues, ¡oh pensamiento mío!  
por la región divina y encantada  
de la imaginación, y el dulce pio  
róbale al ruiseñor, que al son del río  
dá al viento su canción enamorada.

Róbale al mar, que con desden se mece  
en su lecho de arena, su murmullo;  
y á la brisa que el árbol estremeca,  
y á las lórtolas tiernas, que aparece  
con su ondulante pabellón, su arrullo.

Pide á una blanca y vaporosa nube  
que en sus brazos de gasa te levante,  
y á la región del firmamento sube,  
y por favor demándala al Querube  
su harpa de oro y su voz por un instante.

Lánzate; cruza el éter infinito:  
búscame cual mi aliento les ansia  
el vigor y la fé, que necesito  
para ahogar en torrentes de armonía  
al mundo, que me mira de hito en hito.

Vé, que me espera ya; tu vuelo afana,  
pensamiento velóz, En tal momento,  
mortal mi corazón, mi voz humana,  
temo que he de pedir con ansia vana  
fuego á mi inspiración, aire á mi aliento.

No; le veo que el límite traspasa  
de la bóveda azul: un rayo quita  
al sol, y al aurá trasparente y rasa  
volviendo á atravesar se precipita  
sobre mi corazón y me le abrasa.

Suelta tu voz, ¡oh corazón! al viento:  
de tu humilde temor desecha el pasano:  
gracias dá al mundo que te escucha atento:  
lo que falta á tu ruín merecimiento  
llenen la gratitud y el entusiasmo.

Benigna Sociedad, amigos fieles,  
y vosotros de Fidas y de Apeles  
y de Homero y de Pindaro rivales,  
escusadme estas glorias terrenales,  
apartad de mi frente los laureles.

Las vuestras, en verdad, que no la mía  
merecen reposar bajo su sombra:  
vosotros me cedéis con hidalguía  
un honor que me embriaga de alegría  
pero que me avergüenza y que me asombra.

¿De la pompa del triunfo soberano  
cuál virtud me hizo digno? ¿La armonía  
de mis cantos tal vez? ¡Jamás profana  
mi lengua de ella mentira! No es mía  
mi noble inspiración: Dios me la envía.

Dios, que dá voz al viento y á las aves  
y ecos al mar, que en tumbos se levantan,  
roncos en su ira y en su calma soaves,  
es quien presta á mi voz sus ecos graves  
para cantar su Omnipotencia Santa.

Por eso audaz entre vosotros canto  
y mi humilde cantar con fé levanto:  
porque el poeta, del Señor recibe  
fé y voz, para ensalzar con ésto santo  
la tierra en que nació, la fé en que vive.

Por eso indigno de tan noble empleo,  
para tan suma dignidad pignéo,  
el templo de la escuela poesía

tal vez profano: porque Dios creo  
que Dios inspira la impotencia mía.

Por eso en ella en cantar me afano  
la gloria y prezo con que la edad pasada  
tró tremolar el pabellón Hispano  
en el remoto mundo Americano  
y en las mezquitas moras de Granada.

Por eso alguna vez vuestros oídos  
ofúntele el ruido sán del harpa mía:  
mas de sus cuerdas roncas desprendidos  
exhálanse los bárbaros sonidos  
ricos de é, si pobres de armonía.

Vosotros, cuya fé potentes halla  
plumas, para cernirse sobre el suelo  
doble preso mi espíritu batalla,  
¡PROFANOS RUSTRAS, vuestro vuelo  
tendred: del siglo quebrantad la valla.

Dios es la inspiración: la fé del arte  
es hija de la fé de la creencia;  
no la busquéis jamás en otra parte;  
la Cruz es de la gloria el estandarte,  
Dios es la luz: Dios es la inteligencia.

Si colores quereis, mirad al cielo:  
si llegar los espacios de armonía  
si animar de los mármoles el hielo,  
de las obras de Dios alzad el velo,  
que Dios perfectas las produce y cria.

Mas perdonad á mi saber profano  
de ilustraros las necias pretensiones.  
¿Qué puedo á vuestro genio soberano  
enseñar con mis ruines concepciones,  
yo, del jardín del arte ruín gusano?

Y vosotros también hijos del canto!  
sobre el cieno de el siglo en que vivimos  
altécéis; vuestro origen santo  
testificad al enjugar el llanto  
de la raza mortal de quien nacimos.

Cantad: ni el hombre de su vieja historia  
sin vuestros cantos la verdad supiera,  
ni el justo digno de alabanza y gloria  
de sus nietos vivir en la memoria  
mas allá de su tú nulo pudiera.

Bálsamo saludable, que en el suelo  
derrama la esperanza y el consuelo,  
¡la poesía es, ¡plantadla; poetas.  
¡Volad, como volaron los profetas  
en alas de sus cánticos al cielo!

¡Volad! De envidia vil sin la mancha,  
sucar el oceano de la gloria  
os verá yo contento, y en la orilla  
descubierto y en tierra la rodilla  
bendeciré al morir vuestra memoria.

JOSÉ ZORRILLA.

## FABULAS

EN VERSO CASTELLANO IMITADAS DEL ALEMÁN.

(DE P.)

### BENEFICIOS DE LA LEY.

Caminaba á Jaen un peregrino,  
Y le asaltó un ladrón en el camino.  
La bota, le gritó, si no la vida!  
El infeliz devoto se infundía  
Y entregue su caudal como un cordero;  
Pero no satisfecha el bandalero,  
A saco sus vestidos entra,  
Y un relicario de valor le encuentra.  
En esto se aparece un cuadrillero,  
Suelta el ladrón la alhaja y el dinero,  
Huye y entre los árboles se embosca.....  
— ¿Cómo esclama el viajero agradecido

Al ángel salvador recién venido,  
 Cómo pagar á V.?—Venga la mosca.  
 —Hombre, déjeme V. lo necesario....  
 —Deme también V. el relicario.  
 —Pero, señor, con tales condiciones  
 Nada en librarme del ladrón consigo.  
 —Yo tengo desgarrados los calzones,  
 Cámbienmelos V. y agur amigo.  
 —Ya que existe un poder que al ciudadano  
 Libra del golpe de opresora mano,  
 ¿Por qué de ese poder es ley precisa  
 Que deje al protegido sin camisa?

(DE PFEFFEL.)

## LA ESCALA.

Hambriento un avion cojió un mosquito  
 Que indulto le pidió por ser chiquito  
 Y dar poco alimento;  
 Pero enojado el otro á fuer de hambriento,  
 —No esperes, dijo, que tú voz me ablande;  
 Muere porque eres chico y yo soy grande.—  
 No bien hizo la muerte el inhumano,  
 Cójelo entre sus uñas un milano:  
 Temblando el avion gime y suplica,  
 Pero el milano adusto le replica:—  
 —No tienes que pensar que yo me ablande;  
 Muere, pues eres chico y yo soy grande.—  
 Vió el águila al milano entretenido  
 En devorar el pájaro cojido,  
 Y volando veloz le prende y mata  
 Por mas que ruega y de salvarse trata.  
 —No es fácil, murmuró, que yo me ablande;  
 Muere, pues eres chico y yo soy grande.—  
 Fué el águila á volar, pero la bala,  
 De un diestro cazador le quiebra el ala,

Y al revolcarse por el suelo herida:—  
 —¿Por qué, gritó, me privas de la vida?  
 —Porque no hay, dijo el hombre, quien me mande  
 Mueres, porque eres chica y yo soy grande.—  
 Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,  
 O sepa, si obra mal, que al fin se paga.—  
 No murió el cazador y sí el mosquito  
 Al parecer sin pizca de delito;  
 Pero ninguno de su fin se asombre,  
 El picó voces mil antes al hombre.

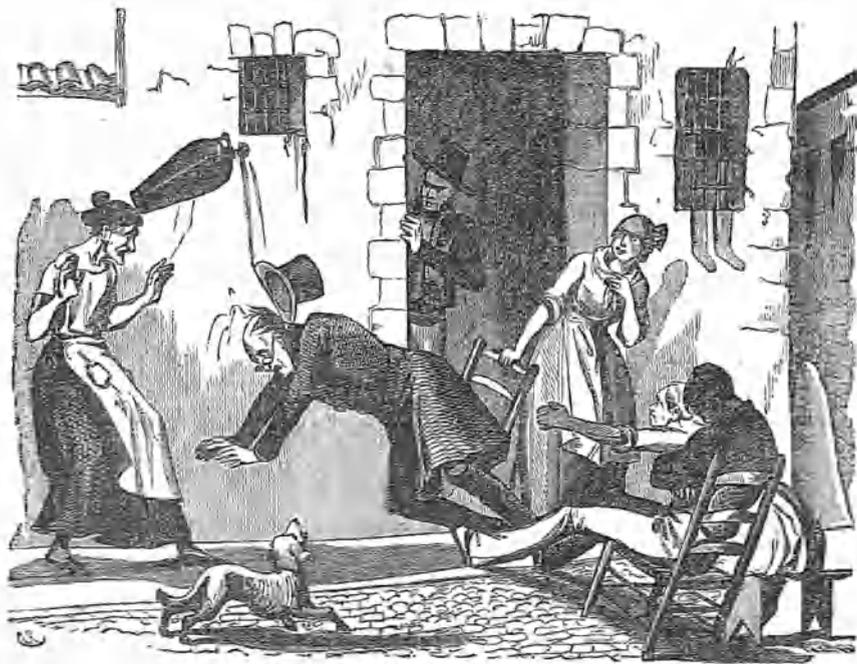
(DE LICHTWER.)

## EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano  
 En el corral de un clérigo crecía:  
 Un vecino de envidia se moría  
 Viéndole tan fecundo y tan lozano:  
 El ni manzano ni corral tenía.  
 Y ya que de otro modo  
 No supo desfogar su encono fiero,  
 Arrojoba al frutal desde un granero  
 El desperdicio de su casa todo,  
 Haciendo del corral estercolero.  
 Bien ensució el ramaje:  
 Mas la lluvia á su tiempo lo limpiaba;  
 La tierra con la broza se abonaba,  
 Y el resultado fué del ruin ultraje,  
 Que mas fruto y mejor, el árbol daba.—  
 Mas útil que nociva  
 Es la gente mordaz que tanto abunda,  
 Pues hace con su rabia furibunda  
 Que el íntegro varón mas cauto viva,  
 Y mas pronto á sus émulo confunda.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de las tertulias á puerta de calle.